

Especial 1989-2019

El 89 desbarató los ejes y la visión del mundo que prevalecían hasta el momento. A lo largo de seis meses los regímenes de Europa del Este, considerados eternos y en su mayoría impuestos por el sistema stalinista después de la Segunda Guerra Mundial, cayeron uno detrás del otro, no por el golpe de Estado, sino por efecto de las movilizaciones populares que llenaron calles y plazas, en una sucesión vertiginosa de hechos que nos entusiasmó e inspiró profundamente. Frente a nuestros ojos se abrían escenarios y tiempos nuevos: vivíamos el hacerse inesperado de la historia, contraponiéndonos a quienes decretaban su final o a quienes, en cambio, exaltaban la superioridad de la democracia y del mercado, pronosticando su triunfo lineal. Protagonistas del alba de una nueva época.

Protagonistas en el alba de una nueva época



- Por Antonella Savio

Estábamos allí hace treinta años, con los ojos puestos en las pantallas de la televisión y la mente que iba más allá, imaginaba escenarios, preguntándose sobre las posibilidades que se abrían. Testigos partisanos, entusiastas e inquietos, buscábamos medir el alcance de los acontecimientos. Progresivamente conscientes de su significado histórico, intentábamos aprender a pensarlo y a proyectarlo, nos hemos puesto a prueba, sentíamos cómo urgía la ocasión y también la necesidad de nuestro cambio.

Vayamos por orden. El sucederse vertiginoso y desbaratador de los acontecimientos, que se abrieron en mayo con la comuna de la plaza de Tien An Men y que continuaron en los países de Europa del Este hasta Rumanía en los últimos días de aquel turbulento 89, iban más allá de cualquier previsión. Nosotros, sin embargo, estábamos a la atentos: intuíamos el sufrimiento y la desazón de muchos, la creciente desconfianza hacia el poder en los países burocráticos. La revolución polaca del 80,

en efecto, había demostrado en qué medida era profunda la crisis del stalinismo y el necesidad de libertad de los pueblos. La fuerza de la sociedad clandestina contra el Estado polaco había mostrado la alteridad entre el poder opresivo y las grandes mayorías y nos había abierto una perspectiva diferente. Es más, desvelaba que estaban en marcha probables y significativos procesos kársticos: en los países que estaban más allá del llamado telón de acero los pueblos estaban resquebrajando, más profundamente de lo que parecía en la superficie, el orden impuesto por la “santa alianza contrarrevolucionaria”. Así llamábamos a la convergencia del sistema político global liderada por los EE. UU. y los regímenes del Este, subordinados en lo que se configuraba como un subsistema burocrático. La alianza se forjaba en un claro interés común: el intento de gobernar el mundo y de contener las irrefrenables aspiraciones de cambio de tanta gente. Detrás de la declarada “guerra fría” se ocultaba, en efecto, una concordia real en las intenciones de los principales poderosos de la Tierra sobre una cuestión fundamental: la verdadera guerra era contra el emerger humano.

Por tanto, nosotros estábamos a la espera, pero no estábamos preparados para lo que estaba sucediendo: asistíamos a un desmoronamiento que, en su velocidad, era arrollador y vertiginoso. Un dominó se había puesto en marcha: uno detrás de otro caían los odiosos regímenes stalinistas y se derrumbaba el gran engaño del “socialismo real” bajo los golpes de procesos multitudinarios, que no dudábamos en llamar revoluciones, revoluciones democráticas. El entusiasmo ha tenido su parte de responsabilidad en este juicio. Dábamos a todos aquellos procesos una connotación revolucionaria, y ciertamente en algunos casos se asomaban esperanzas en este sentido entre los protagonistas, pero en general eran débiles desde el punto de vista de los proyectos, de los ideales y de las conciencias y densos en ilusiones democráticas: en su mayoría, más que ser abatidos, los regímenes implosionaban. Pero no nos equivocábamos al valorar el alcance revolucionario de la transformación en su conjunto, en su significado de conjunto; estaba yendo a menos un equilibrio de poder que buscaba dominar el mundo repartiéndoselo, se desbarataba el mundo y el pensamiento de él: se reabría la historia. Urgía el cambio para quien se batía por mejorar la vida en un sentido socialista, era posible repensar y cultivar las esperanzas y a la vez las propias tareas, los propios programas.

Solos, en el gran archipiélago de la izquierda (que seguía descolocado y confuso, a menudo huérfano y anclado en el pasado, lamentando el final de la historia), nosotros no sólo nos hemos apasionado, nos hemos dejado atravesar por ese 89. Cada vez más solos, hemos buscado coordenadas para entender lo que se estaba abriendo y nos hemos puesto en discusión: “renovarse o morir”, nos repetíamos. Fue este el espíritu que nutrió la elaboración del nuevo programa fundamental de Socialismo Rivoluzionario de 1990.

Incluso con nuestras exageraciones de juicio sobre las dinámicas internas de cada país, incluso con nuestra excesiva confianza en la voluntad de cambio que no tenía suficientemente en cuenta los daños profundos en los pensamientos y en las conciencias provocados por décadas de stalinismo, a treinta años de distancia se podría decir que teníamos razón: nada seguiría siendo como antes. Hemos sabido recoger el valor más general del final de un orden de dominio bipartito y la gran

novedad de una época que se abría, densa en amenazas pero también de promesas. Nacía entonces la idea de nueva época como categoría para pensar la fase en que vivíamos: una idea que se mueve con los tiempos para comprenderlos, extrayendo las potencialidades de transformación. En el caos que se adensaba recogíamos líneas de tendencia profundas, que después se han ido desenmarañando: hoy amenazas y promesas han asumido contornos más definidos y complicados al mismo tiempo, pero las estamos viendo.

Imborrable Tien An Men



- Por *Lorella Baldeschi*

El 89 ha comenzado en la plaza de la Paz Celestial. Jóvenes, estudiantes, mujeres, trabajadores y gente común se han movilizado en centenares de ciudades chinas y han dado vida al proceso revolucionario más genuino y también ingenuo de este año extraordinario. Pekín ha vuelto a ser el centro del mundo y Tien An Men su corazón, palpitante de vida, de discusiones, cantos, debates, lecturas de poesías y representaciones teatrales. El shock inicial de la burocracia fascistoide en el poder se ha transformado rápidamente en una brutal reacción, que ha causado decenas de miles de muertos y la represión, a lo largo de los últimos 30 años en China, ha sido capaz de oscurecer la memoria de lo que ha sucedido. Como cualquier dinastía imperial, se ha empeñado en elaborar su historia, y así los hijos y los nietos de Mao Tse Tung –fundador de la última familia reinante– cuentan su versión a sus súbditos, hablan de “incidente”, poco importa que el mundo de fuera del imperio conozca la verdad. Y mientras que en el Este de Europa, los regímenes stalinistas han sido desbaratados y ya no existen más, China ha resistido la tempestad y ha sabido afrontar los cambios y las alteraciones mundiales del 89, pudiéndose apoyar no sólo en la experiencia de la burocracia en el ejercicio del poder represivo, sino en la larga historia milenaria de un imperio único en el mundo.

Este de Europa 30 años después



- Por *Claudio Olivieri*

“Los pueblos de estos países no han visto otra alternativa que las instituciones y la praxis de la Europa occidental”, “la única ideología corriente que goza en esta parte del mundo de una legitimidad muy extendida es la democracia liberal”.

El polvo levantado por los picos que abrieron una brecha en el Muro de Berlín apenas se había depositado cuando fueron publicadas estas palabras en un libro de éxito en los primeros años 90, escrito por un triste fan de la democracia, Francis Fukuyama.

Roger Waters, justo algunos meses antes, había tocado *The Wall* en una Postdamer Platz repleta de gente bajo la puerta de Brandenburgo de Berlín, recientemente convertida en una sola ciudad unida.

Vaclav Havel, retornado a Praga, había encontrado mientras tanto en un teatro al núcleo de intelectuales y opositores que le impulsarían hacia la primera presidencia de la República checa post-stalinista. Helmut Kohl, abandonada la tradicional prudencia diplomática de las cancillerías europeas, se lanzaba a la reunificación económica y política de la Alemania contemporánea, celebrando las potencialidades de una futura Europa renovada.

Treinta años después la Unión Soviética ya no existe pero después de algunos años de transición vuelve el cesarismo bajo la égida revanchista de Putin.

Estados y fronteras se han rediseñado con sangre y con crisis o simplemente con las maniobras de los centros de poder al este del 13º meridiano y una vasta oleada de resentimiento y frustración inunda los países que hace tiempo se nombraban “detrás del telón de acero”. Algunos han firmado el llamado pacto de Visegrad (Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia), unidos por la xenofobia y por la necesidad de negociar juntos con las mayores potencias europeas. Orban, en su momento un joven opositor, guía una democracia con rasgos fascistoides, encarnizado defensor de la Hungría cristiana y extremista del odio hacia los inmigrantes.

La gente de la Alemania oriental, primero engañada y después desmoralizada por las lisonjas del capitalismo y de la reunificación, termina engatusada por la extrema derecha de la AFD (*Alternative Für Deutschland*).

Tampoco Yugoslavia existe ya, y sobre los escombros de la gran mentira de Tito se ha abierto la sangrienta herida de los genocidios de Srebrenica, Sarajevo y Vukovar, de los años 1991 a 1995.

Treinta años son un periodo de tiempo relativamente breve para la historia humana y estos cambios dan la idea de la aceleración histórica vivida en la Europa del Este. El fracaso de las presuntas virtudes de la democracia y del mercado junto a trabajosos nudos históricos irresueltos –amarga herencia del cautiverio pluridecenal de los Estados totalitarios regidos por sátrapas stalinistas– han creado una mezcla de miedo y odio que se encarna en particular contra los refugiados y los inmigrantes. El fracaso del stalinismo, que ha arrastrado consigo a todas las izquierdas naufragadas después del 89, se entrelaza con el ajuste de cuentas del sistema democrático que en el este de Europa reivindicaba su victoria. Las minorías que en esta atormentada área del mundo buscan una vía de rescate y solidaridad, como las mujeres polacas que luchan contra el oscurantismo clerical, los jóvenes que se oponen a Orban, los intelectuales que contestan a Putin o las asociaciones que piden justicia en Bosnia, son el testimonio valeroso de una irreducible esperanza por un futuro distinto.

Izquierdas después del 89 **En vías de desaparición**



- Por *Michele Santamaria*

Dirigir hoy la mirada hacia la izquierda significa casi seguramente mirar hacia el vacío. El escenario de las izquierdas políticas reformistas, anticapitalistas y revolucionarias, parlamentarias o extraparlamentarias no es idéntico en los diferentes países, pero está el hecho unificante de su disolución comprobable y su desaparición a escala internacional.

En algunos casos –cada vez más raros– persisten débiles y descoloridas identidades, prisioneras en cualquier caso de interminables divisiones y escisiones que

alimentan desorientación y abatimiento, incluso descompromiso, entre las personas solidarias y de izquierdas. En otros sobreviven los residuos bélicos de fuerzas minoritarias, grupúsculos y sectas stalinistas y reaccionarias que reivindican dictaduras pasadas y presentes y un mundo de horrores, masacres y matanzas.

Son expresiones de una línea de tendencia irrefrenable que en nuestra opinión ha comenzado en el 89 con los sorprendentes procesos revolucionarios que, aunque débiles y frágiles concienencial y proyectualmente, en pocos meses han acabado con muchos regímenes stalinistas. El ocaso de uno de los grandes engaños históricos ha significado el big bang de la crisis de las izquierdas mundiales, empezando por las que se han llamado comunistas.

Mientras millones de personas –y nosotros con ellas– celebraban la liberación de aquellos monstruos de la opresión, la mayoría de la izquierda lloraba su final y se sentía huérfana. Mientras una parte de la humanidad reabría un nuevo curso histórico, la izquierda miraba hacia otro lado, miraba hacia el pasado y negaba los orígenes y los efectos del 89. El abatimiento del muro de Berlín ha sido interpretado como una derrota. Y no podía ser de otra manera vista la defensa y el posicionamiento sobre el terreno, la confabulación y la dependencia financiera que gran parte de las izquierdas ha construido con el totalitarismo stalinista. Mucha de la izquierda mundial ha tratado de curarse las heridas pero siguen reivindicando las peores infamias del llamado socialismo real.

Ha habido algún intento parcial de salir de la propia historia de horrores, como el de Achille Occhetto, secretario del Partido Comunista italiano, pero no ha ido muy lejos.

La nuestra ha sido otra historia. Y estamos orgullosos de ella. Hemos tenido siempre un coherente y cristalino posicionamiento contra el monstruo stalinista en todas sus variantes, y sin embargo nos hemos planteado la exigencia de interrogarnos y de abrir una nueva y radical reflexión sobre la idea de socialismo y de revolución. Hemos asumido a nuestro modo el lema “renovarse o morir”, reclamando a lo mejor de la izquierda que hiciera lo mismo. Quien no ha elegido cambiar ha entrado en un recorrido de descomposición, agonía y desaparición. Nosotros nos hemos renovado mucho y no hemos dejado nunca este camino, hasta llegar a la fundación de un humanismo socialista. A su vez un nuevo punto de partida.